

LA ARMADA ESPAÑOLA Y SUS OFICIALES DURANTE LAS GUERRAS DE EMANCIPACIÓN AMERICANAS

José María BLANCO NÚÑEZ



ECÍAMOS ayer..., es decir, hace exactamente un año, que la Armada española había luchado ininterrumpidamente en las posesiones ultramarinas españolas durante las guerras de emancipación, casi siempre con escasísimos recursos, con fuerzas navales más de fortuna que de escuadra y combatiendo en tierra, en ocasiones con notable éxito.

Queremos ampliar, dentro del espacio que nos concede la REVISTA, las biografías de los que nombramos entonces y continuar en sucesivos números históricos con la nómina de los distinguidos en América.

Don Rosendo Porlier y Asteguieta

Al brigadier de la Real Armada don Rosendo Porlier le cupo el honor de ser el primer oficial de Marina que combatió en contra de la emancipación, en este caso la del virreinato de la Nueva España.

Don Rosendo, limeño de nacimiento (1771), era canario por línea paterna y vasco por la materna, con nobleza acreditada por ambas ramas y con tradición indiana por las dos, pues su padre era miembro del Consejo y Cámara de Indias, y su madre hija del gobernador de Salta en Tucumán. Don Rosendo, que sentó plaza en la Real Compañía de Guardias Marinas de Cartagena el día 8 de febrero de 1876, obtuvo el hábito de Santiago al salir de ella, y en esa Orden se cruzó y profesó.



José Rosendo Porlier y Asteguieta.
(Museo Naval. Madrid).

De su hoja de servicios deducimos que debía de ser persona brillante, pues en apenas 22 años de servicio se plantó en el empleo de brigadier. Siendo teniente de navío fue ayudante de Gravina en 1797, cuando este último estaba ejerciendo de segundo de la escuadra de Mazarredo, que defendía Cádiz tras San Vicente, y tenía su insignia en el *Príncipe de Asturias*. Estuvo con la misma escuadra en el «encierro» de Brest, y continuando de ayudante de Gravina —con insignia ahora en el *Neptuno*—, estuvo en el Guarico (Haití) con la expedición franco-española que fue a sofocar la rebelión de los esclavos de Santo Domingo. Regresó a Cádiz en 1802 y —tras 14 años ininterrumpidos de embarque— desembarcó en 1803, saliendo con licencia para la Corte.

El día 16 de febrero de 1805 fue nombrado primer ayudante de la Mayoría General (E. M.) de la escuadra de Gravina, con el que hará la campaña de Trafalgar, participando en la toma de la isla y fuerte del Diamante al mando de una división de sutiles. Estuvo también, por tanto, en el combate de Finisterre y en el de Trafalgar, sobre la cubierta, de nuevo, del *Príncipe de Asturias* al lado de su almirante. Por ello, ascendió a capitán de navío el día 9 de noviembre de 1805.

Participó, mandando una batería de morteros instalada en la Casería de Ossio, en la toma de la escuadra de Rosilly. Poco después tomó el mando de la fragata *Atocha* (1), con la que ejecutó misiones de bombardeo sobre posiciones

(1) En principio los mandos solían ser de buques del tipo del empleo pero, por diversas razones, a veces los «navíos» e incluso los «brigadieres» mandaban para algunas comisiones especiales fragatas. Así lo pueden comprobar, por ejemplo, en la hoja de servicios de su querido jefe, el almirante Gravina.

francesas de la costa catalana y, tras varias comisiones de índole diversa, zarpó para Veracruz (12 de julio de 1810), llevando a bordo de transporte al nuevo virrey de la Nueva España, el general de los RR. EE. don Francisco Javier Venegas y Saavedra (enseguida, el 11 de octubre de 1816, será primer marqués de la Reunión de Nueva España; ejerció el cargo desde el 14 de septiembre de 1810 hasta el 4 de marzo de 1813).

Don Rosendo debía tener mucho tacto y mano izquierda, y este transporte no le acarreó dificultades, sino todo lo contrario. Lo digo porque el artículo 77 del tratado 6.º del Título VII, *Viages a Yndias*, de las Ordenanzas de 1793, dio lugar a veces a incomprensiones, tiranteces y peleas. Dice así el artículo:

«Aunque se arme un navío con el expreso fin de transportar á un Virrey, así su mando interior, como el de la navegación, ocurrencias ordinarias y extraordinarias de ella, y operaciones de guerra, será siempre de su Comandante natural.»

Llegado al apostadero de Veracruz acompañó al virrey a su solemne entrada en la capital, y a la vista de las revueltas en marcha, de regreso a bordo organizó el desembarco de la marinería y tropa de su buque y de otros afectos a dicho apostadero y formó un «Batallón Real de Marina» que integró en las fuerzas del brigadier don José de la Cruz, de las cuales quedó como segundo jefe, participando en la batalla de Urepetiro. Veamos la actuación de los «marinos» en esa batalla (2):

«...Las dos piezas de artillería que hice salir a cargo del alférez de fragata don Francisco Sevilla, protegiendo con sus acertados y bien sostenidos fuegos el ataque de la izquierda, y las seis piezas restantes, colocadas en lo bajo del puerto, al mando del teniente de navío don Miguel Soto, comandante de toda la artillería del ejército, sostenían no sólo el referido ataque, sino el de la ermita; pues su situación proporcionaba atender varios puntos. La actividad de Soto, su celo e incesante cuidado para la buena dirección de los tiros, su serenidad y el cuidado con que estaba para contener las masas rebeldes que ya adelantaban por el frente, ya sobre ambos costados, es superior a todo elogio, y digna de consiguiente de la estimación general.

Antes que los cuerpos que despaché a atacar las posiciones de la derecha e izquierda hubieran empezado su carga, recibí aviso de que un considerable número de insurgentes se dirigía a la posición en que me hallaba, lo cual no

(2) HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, Juan. E.: *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*. Tomo II. Universidad Nacional Autónoma de México. Núm. 182. Parte de don José de la Cruz al virrey de la acción en el puerto de Urepetiro. México, 2007.

era noticia indiferente. Envío inmediatamente a mi segundo el señor coronel (capitán de navío) don Rosendo Porlier, con un cuerpo de tropas de infantería y caballería a atacarlos, y salió este jefe gozosísimo a escarmentar a la chusma rebelde. Partir estas tropas con paso apresurado en su busca, y desaparecer la canalla que se advertía, fue obra de un instante; todo estaba decidiéndose en un mismo momento; la izquierda, la derecha y la retaguardia, y después de una hora y media de fuego por los enemigos, quedó todo el campo por nuestras tropas, toda su artillería en número de veintisiete piezas en nuestro poder; todas sus municiones, muchas armas, y lleno todo el camino hasta Zamora de los despojos que siguen siempre a una completa derrota. Los enemigos habrán tenido de quinientos a seiscientos muertos, que dispuse viniesen a enterrar al pueblo de Tlazazalca y mi pérdida consiste en un soldado muerto del batallón real de marina, otro ídem del de Toluca, y un herido también de Marina.

Todos los jefes, oficiales y tropa se han portado con serenidad y bizarría en su colocación respectiva, y se han cubierto de gloria; pero me veo precisado por honor a la justicia, a recomendar a vuestra excelencia a mi segundo el señor coronel don Rosendo Porlier, de cuyo benemérito jefe he recibido pruebas nada equívocas de su valor, serenidad e inteligencia; ...el ayudante de campo del señor don Rosendo Porlier, don José María Veitia, de dragones de España, no sólo se distinguió llevando las órdenes de su jefe, sino que comunicaba igualmente las mías a todos los parajes de mayor riesgo, con valor y serenidad. ...El batallón real de marina tomó la bandera enemiga, y no pueden señalarse los individuos que rindieron al capitán que la conducía, porque casi fueron todos a un mismo tiempo y en el mismo que cayeron sobre él y los cañones...»

Tras este combate, donde el prestigio de De la Cruz y el de Porlier ganó muchos enteros, el batallón de marina convoyó hasta Ciudad de México una remesa de plata que le encomendaron a Porlier en la Ceca de Guanajuato; que la guerra, se sabe pues lo dijo Napoleón, es dinero, dinero y dinero.

A la vista de estos éxitos, el virrey dio a Porlier —que ya había ascendido a brigadier el 24 de mayo de 1811— el mando de las fuerzas de Toluca, cuya ciudad tuvo que defender del sitio que le pusieron 20.000 insurgentes; en diciembre de ese mismo año hizo una salida con sus fuerzas para tomar la ciudad de Tenango, lo que verificó el día de fin de año. Luego tomó Tenancingo y defendió La Barranca y Tegnaloja, donde el día 21 se presentó el famoso cura Morelos al frente de su partida. Porlier aguantó la embestida hasta las primeras horas de la noche del 22 y enseguida se retiró, ordenadamente, a Toluca, donde se mantuvo hasta ser relevado por el coronel Castillo Bustamante. Siguió combatiendo en tierra, participando en las acciones de Ojo de Agua, Jalapa, Puente del Rey, y de nuevo en Veracruz, volvió al mando de su fragata, con la que se trasladó a La Habana, y de allí, de transporte, a bordo de la *Prueba* a Cádiz, a donde llegó el 7 de octubre de 1815.

Por cierto, don Juan Díaz Porlier, «el marquesito», el joven criollo, cartagenero de poniente, que combatió con extremado coraje en la Guerra de la Independencia, alcanzando el generalato, y que caerá ejecutado en La Coruña (1815) por liberal, había ingresado en la Real Armada de la mano de su tío don Rosendo. Don Juan pasó al Ejército de Tierra en 1806, incorporándose al Regimiento de Infantería de Mallorca, y fue teniente coronel de granaderos con sólo 20 años de edad.

Cuando nos ocupemos del virreinato del Perú volveremos a encontrar a don Rosendo Porlier al mando del apostadero de El Callao, a donde debería haber llegado al mando de una división, pero solo lo hizo con la fragata *Prueba* y la mercante *Marina*, tras devolver a Cádiz al navío *Alejandro* por la mucho agua que hacía, y perder al *San Telmo*, quizá en aguas cercanas al cabo de Hornos. Ambos navíos eran procedentes de la escandalosa compra a Rusia.

Don Domingo de Monteverde y Rivas («Valiente por tierra y por mar»)

Acompañó el nombre de don Domingo del glorioso lema de los infantes de Marina a sabiendas de que en su tiempo no existía todavía el Cuerpo de Infantería de Marina y los oficiales de los batallones procedían del Cuerpo General, único cuerpo existente entonces desde la disolución del Cuerpo del Ministerio en 1800. Como podrán comprobar, don Domingo pasó varias veces por batallones, incluso sirvió en las brigadas de Artillería, alternando esos destinos con otros de embarque y mandos en la mar, pero, herido tanto en tierra como en la mar, donde alcanzó mayor fama fue en su campaña terrestre en Venezuela en la que, literalmente, se partió la cara...

Nacido en La Laguna el 2 de abril de 1773, ingresó en 1785 como cadete del Regimiento de Milicias Provinciales de La Orotava, pero sintiendo la «llamada del mar» sentó plaza de guardia marina en la Compañía de Cartagena el día 17 de octubre de 1789, y por R. O. de 3 de marzo de 1790 pasó a la de Cádiz. Es el guardia marina núm. 2.509 del catálogo Válgoma-Finestrat. Su familia, por ambas ramas, procedía de La Orotava y La Laguna, teniendo varios militares entre sus ascendientes.

De fragatilla (ascendió en fecha 28 de enero de 1793) se «fogueó» en Tolón a las órdenes de Gravina y del capitán de navío don Antonio de Estrada, donde combatió en tierra defendiendo el fuerte de La Malga.

En el sitio de Rosas combatió en la mar al mando de la bombardera *Núm. 2*, y en tierra como defensor del castillo de la Trinidad hasta la rendición de la plaza.

Concurrió a la triste función de San Vicente embarcado en la fragata *Paz*, de la que pasó a las cañoneras del apostadero de Algeciras, mandando varias de ellas. Estuvo seguidamente embarcado en los navíos *Bahama* y *Mejicano*. De este último trasbordó al bergantín *Vivo*, del que desembarcó en Ferrol para

luchar en tierra de nuevo cuando los ingleses desembarcaron en Doniños el 25 de agosto de 1800. Pasó después destinado a Batallones del Departamento de Cádiz y enseguida fue destinado a Cartagena de Indias, donde tomó el mando del bergantín *Cartagenero*.

Ya teniente de fragata (5 de octubre de 1802), y de regreso en la Península, fue destinado al apostadero de Algeciras a mandar una cañonera, de la que fue relevado por enfermo (3) y embarcado seguidamente en el *San Ildefonso*, bajo el mando del capitán de navío don José Ramón de Vargas y Varáez, que participó en el combate de Trafalgar, donde cayó herido y fue hecho prisionero.

Decía el heroico Vargas, asesinado injusta y brutalmente en Ferrol en febrero de 1810, en su parte de campaña: «...me sostuve batiendo hasta las cuatro de la tarde, que desarbolado el navío de todos sus palos, haciendo mucho agua de los balazos que había recibido... once piezas de artillería desmontadas, rendida enteramente la cubierta del alcázar y pasamano de estribor, hice rendir la bandera después de haberme participado el segundo comandante... el riesgo que corría de irse a pique; en cuya acción tuve 33 muertos y 148 heridos...».

Tras el ascenso colectivo postrafalgareño (9 de noviembre de 1805), Monteverde fue nombrado teniente de navío ayudante de la Compañía de Guardias Marinas gaditana. Mandó una batería de artillería en La Carraca, con la que participó en la toma de la escuadra Rosily en julio de 1808. Cuando se formó el primer Regimiento de Infantería de Marina de Cádiz para ir al frente de la Guerra de la Independencia, tomó el mando de una compañía de cazadores del Segundo Batallón y con ella estuvo desplegado en Santa Olalla del Cala. Participó en Ciudad Real (28 de junio de 1809) y en Talavera (27/28 de julio de 1809), y por esta última acción fue ascendido a capitán de fragata y condecorado con la cruz de distinción de esa batalla. En otoño de 1809 concurre con su fuerza a varias acciones contra los franceses para sostener los puentes sobre el río Tajo, y en Ocaña (19 de noviembre de 1809) volvió a derramar su sangre, a pesar de lo cual continuó combatiendo hasta llegar a la Isla de León.

El 19 de abril 1810 la Junta de Gobierno de Caracas declaró la Independencia. Y el 5 de julio de 1811 dicha Junta firmó la emancipación de la autoridad del rey de España y estableció la Primera República de Venezuela, con Francisco de Miranda como presidente.

Miranda había jugado un papel destacado en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos cuando ejercía en La Habana como teniente coronel a las órdenes del capitán general y gobernador de Cuba don Juan Manuel de

(3) Ver en GONZÁLEZ-ALLER, J. I.: *Corpus documental de la batalla de Trafalgar*. Madrid 2004, Tomo I, Doc. 795, el rifirrafe que se organizó entre don Bruno Hezeta y don Juan Joaquín Moreno por este motivo.

Cagigal y Monserrate (4), antiguo coronel de su regimiento en Madrid y en cuyo destino habían hecho gran amistad. Sin embargo, ambos amigos se vieron envueltos en un proceso por «contrabando» del que salió destituido Cagigal, y Miranda condenado a multa, pérdida de empleo y destierro a Orán por diez años. Sin embargo, pudo fugarse de La Habana y llegó a trabajar con G. Washington.

Monteverde fue destinado a Venezuela. Recién repuesto de sus heridas salió de Cádiz a bordo del navío *San Lorenzo* (4. de abril de 1812) y, tras pasar por Cuba y Puerto Rico, llegó a Tierra Firme al mando de una compañía de 150 hombres de tropa de Marina. Llegado a Santa Ana de Coro, cuyo gobierno mandaba el brigadier Ceballos, aumentó la fuerza de su compañía hasta 230 «entre españoles y corianos, un cura de nombre Torellas, un cirujano, diez mil cartuchos, un obús de a cuatro y diez quintales de galletas». Fuerza exigua para emprender una campaña militar de envergadura. Pero la Metrópoli, en plena guerra contra el invasor francés, no podía socorrer con más. El descontento de la población rural con los nuevos gobernantes, que impulsaría a Bolívar a plantear en el Manifiesto de Cartagena «la guerra social», favorecerá a los realistas.

Monteverde tenía órdenes de marchar hacia Siquisique y unir sus fuerzas con las del cacique Juan de los Reyes Vargas, afecto a los españoles, que tenía a su servicio otros doscientos fusileros y cien flecheros, con lo cual acumuló cerca de 600 hombres, entre oficiales y soldados. A pesar de que le fue comunicado que no prosiguiera su avance sin antes recibir apoyo de Coro, Monteverde, aliando valentía, experiencia militar y fortuna, tomó al asalto Valencia, Barinas, El Tocuyo y San Carlos y, como no disponía de fuerzas para dejar guarniciones en esos puntos, regresó a Valencia para enfrentarse a los republicanos, obteniendo rotunda victoria. Por esta hazaña, el Gobierno de la Regencia lo ascendió (R. O. 27 de junio de 1812) a capitán de navío y lo nombró (R. O. 30 de septiembre de 1812) capitán general de Venezuela (con lo cual «saltó» a Ceballos y al capitán general Miyares). El «salto», por supuesto, le acarreó disgustos, pues a la Capitanía General iba anexa la Presidencia de la Audiencia de Caracas y la jefatura política de las provincias con «el sueldo, honores, preeminencias y facultades que le corresponden a este destino con arreglo a las leyes de Indias» y, por si fuese poco para provocar celos, el gobierno de la Regencia se lo participó directamente a Monteverde sin dar cuenta al capitán general Miyares ni a su inmediato jefe, el brigadier Ceballos. La cosa no fue a mayores gracias al patriotismo de todos y al peligro que les amenazaba.

(4) Hijo del teniente general de los RR. EE. don Francisco Cagigal de la Vega, virrey interino de México y gobernador de La Habana, fallecido en 1777. Juan Manuel Cagigal falleció en 1808.

El Gobierno republicano de Caracas, muy preocupado con la ofensiva de Monteverde, nombró al general don Francisco Miranda comandante en jefe del Ejército. Camino de Caracas, durante la «Reconquista», fue sumando cada vez más voluntarios a su ejército, obligando a replegarse a las fuerzas de Miranda. En junio llegó a las proximidades de La Victoria y San Mateo. Aliado con el «general terremoto», el que se produjo el día 26 de marzo de 1812, Monteverde tomó Barquisimeto, al mando de un ejército integrado en su mayoría por pardos, zambos, mulatos e isleños, por tanto «enemigos naturales» de los señoritos mantuanos que integraban el grueso republicano. Se repetía la historia de la conquista que sintetizó un historiador venezolano: «Los indios hicieron la conquista de América, y la independencia, los españoles» (5).

A la caída de Puerto Cabello (6), cuya plaza mandaba Simón Bolívar, Monteverde pudo contar con todo el material y los recursos allí almacenados, lo que le permitiría acelerar sus acciones. En La Victoria, las fuerzas de Bolívar no resistieron la agresividad realista, aunque el propio Monteverde cayó herido de consideración. A resultas de ello, don Domingo recibió la Cruz pensionada de Carlos III y el título de «Pacificador».

Monteverde, victorioso, impuso a Miranda una capitulación, firmada en San Mateo por los representantes de ambos el día de Santiago Apóstol de 1812. El éxito de la ofensiva realista dio al traste con la República proclamada el año anterior, restaurándose el poder real.

El 30 de julio de 1812 Miranda llegó a La Guaira con intención de huir en una fragata inglesa; sus correligionarios desconocían las negociaciones con Monteverde, por lo que muchos se sintieron traicionados, aunque habían sido iniciadas por orden del Congreso, no por Miranda. Este último se dejó convencer por un grupo de oficiales, con Miguel Peña y Simón Bolívar a la cabeza, y se quedó a pernoctar en la residencia del gobernador de La Guaira, el republicano Manuel María de las Casas, en lugar de embarcar inmediatamente. Esa noche, cuando Miranda estaba profundamente dormido, fue preso por soldados mandados por Peña y Bolívar y entregado a Monteverde por dicho gobernador.

Fruto de esa traición, de la que jamás se arrepintió, Bolívar recibió un salvoconducto para exilarse en el extranjero, con el beneplácito de Monteverde, que hizo aparecer tal entrega como gran servicio a la Corona: «Debe satisfacerse el pedido del coronel Bolívar, como recompensa al servicio prestado al rey de España con la entrega de Miranda». Si hubiese hecho como Roma, «y no

(5) HERRERA LUQUE, Francisco: *La Historia Fabulada*. Tercera serie. Barcelona, 1983.

(6) En la biografía de Monteverde que incluye don Francisco de Paula Pavía en el tomo II de su *Galería Biográfica de los Generales de Marina* (Madrid, 1783) pueden seguirse estas operaciones con más detalle.

hubiese pagado traidores», quizá el rumbo de la emancipación americana se hubiese alterado en bastantes grados.

Miranda llegó preso a Cádiz y fallecería en una celda del penal de las Cuatro Torres del arsenal de La Carraca en 1816. Sus oficiales se exiliaron en diversos países. En Caracas, el nuevo capitán general, Monteverde, estableció planes de operaciones para reconquistar el antiguo virreinato de Nueva Granada (hoy en día Colombia), planes que comenzaron a ejecutarse en enero de 1813 y que fueron modificados por las nuevas intervenciones de los coroneles Santiago Mariño y Simón Bolívar.

Bolívar, autorizado por Monteverde, se trasladó a Curaçao en la goleta española *Jesús, María y José*, donde permaneció un corto periodo de tiempo, pasando enseguida a Haití y de allí a Cartagena de Indias (de Poniente, por entonces), en el virreinato de Nueva Granada, cuyo proceso independentista había comenzado el 20 de julio de 1810. En la plaza de los éxitos de don Blas de Lezo compuso el Manifiesto de Cartagena, en el cual incluyó las *lessons learned* político-militares de la caída de la Primera República de Venezuela y exhortaba a Nueva Granada a no caer en los mismos errores. Enseguida solicitó prestar servicio en las tropas cartageneras y le fue concedido el mando de la guarnición de Barrancas, de 70 hombres. Con ella empezó a forjar su prestigio militar.



Francisco Miranda en el Penal de Cuatro Torres.

Mariño había desembarcado, por entonces, en las costas orientales de Venezuela, haciéndose con el puerto de Güiría, desguarnecido por los realistas, y de allí saltó y tomó Maturín. Monteverde, informado de ello, embarcó en La Guaira el 21 de abril de 1813 con apenas 300 hombres. El día 3 de mayo llegó a Barcelona, donde incorporó 200 más. En Maturín atacó las posiciones republicanas y fracasó.

Bolívar, que había comenzado su «Campaña Admirable», llegó a la frontera con Venezuela, ganando en Cúcuta (28 de febrero de 1813), con lo que adquirió méritos suficientes para que el Congreso y el Gobierno le nombrasen ciudadano de la Unión y le concedieran el rango de brigadier jefe de la División de Cúcuta. Con ella entró en Venezuela por los Andes.

Monteverde montó su cuartel general en Valencia, cruce de caminos de Barinas, los Andes y Maracaibo. Su flanco derecho estaba guarnecido por el castillo de Puerto Cabello y su retaguardia apoyada en Maracay y La Victoria. Posición tan buena como la de Miranda del año anterior. Sin embargo, perdió parte del apoyo popular. El pueblo que lo había llevado de Coro a Caracas lo dejó sólo frente a Mariño en Maturín y frente a Bolívar en Valencia.

La llegada (septiembre 1813) del Regimiento de Granada enviado desde España, mandado por el coronel Miguel Salomón, permitió a Monteverde montar una ofensiva desde Puerto Cabello hacia Valencia para tratar de recuperar el territorio del centro. La comenzó a la cabeza de 1.000 hombres, más o menos; pero su vanguardia fue destruida en Bárbula por las tropas de Atanasio Girardot (30 de septiembre), y el grueso de su columna en Las Trincheras (3 de octubre 1813). En esta acción Monteverde resultó gravemente herido, perdiendo parte de su mandíbula inferior y quedando incapacitado para proseguir en el mando. A finales de 1813, debido a su delicado estado de convalecencia, fue convencido por el general Juan Manuel Cajigal Niño (7), que fue nombrado nuevo capitán general de Venezuela, de entregar el mando, lo que verificó el 28 de diciembre de 1813, saliendo para Puerto Rico.

En 1817 fue ascendido a brigadier y se le concedieron la Gran Cruz de Isabel la Católica y la Laureada de San Fernando de segunda clase. Durante seis años intentó en la isla antillana sanar las heridas recibidas, y en 1823 recibió el nombramiento de capitán general de la misma, mas tuvo que renunciar por su deteriorada salud.

De regreso en la Península ascendió a jefe de escuadra en 1824 y fue destinado a Cartagena como comandante principal de los Tercios de Levante. En 1827 fue creada la Brigada Real de Marina, que fundía los batallones con las brigadas de Artillería de Marina, nombrándosele coronel general. Uno de

(7) No confundir con los Cagigal citados más arriba. Este J. M. Cagigal y Niño, tras renunciar en 1815 a mandar el ejército realista, siendo capitán general de Venezuela, llegó de capitán general a La Habana, donde falleció en 1820.

los batallones de su brigada se pronunció en Cádiz el día 3 de marzo de 1831 y fue hecho prisionero por negarse a secundar a los sublevados. Vencida la intentona, fue puesto en libertad y sometido a Consejo de Guerra, del que salió absuelto y ratificado en su cargo. Su salud, jamás restablecida, se agravó seriamente y falleció en la Isla el día 15 de septiembre de 1832.

Bobes (8) «el Urogallo» (de piloto de la Real Armada a «León de los Llanos»)

El ovetense José Tomás Bobes de la Iglesia fue alumno de la Escuela de Navegación y Mineralogía, fundada por Jovellanos en Gijón, entre 1794 y 1798. Enseguida ingresó en Ferrol en el Cuerpo de Pilotos de la Real Armada. Embarcó en varios buques de los correos marítimos hasta que fue procesado por contrabando y sentenciado a ocho años de prisión en el castillo de Puerto Cabello. Conmutada la pena por la de destierro a la villa de Calabozo, se dedicó al comercio de ganado en la región de los Llanos, donde fue elegido comandante de los urbanos de Calabozo.

Al estallar la Guerra de Independencia de Venezuela se puso de parte de los independentistas, pero por la persecución a la que le sometieron algunos líderes republi-

canos se decidió a regresar al campo realista. Al ser liberado en Calabozo por el jefe de la columna de vanguardia del ejército de Monteverde, Eusebio Antoñanzas, quedó integrado en dicha vanguardia.



José Tomás Bobes.

(8) El Espasa dice textualmente: «También conocido por Boves», y con esa ortografía lo encontramos en varios autores hispanoamericanos.

En poco tiempo, Bobes logró convertirse en «caudillo llanero» gracias a su carisma y a su conocimiento de la región. Participó activamente en la primera batalla de La Puerta, donde los republicanos quedaron aniquilados. Bobes avanzó hacia Caracas, poniendo en fuga a sus defensores, y ordenó el fusilamiento del gobernador civil de Valencia, Francisco Silvestre Espejo Caamaño. Pero, cuando tenía la victoria asegurada, fue muerto de un lanzazo en la batalla de Úrica (5 de diciembre de 1814). A pesar de su muerte, los republicanos fueron derrotados, derrumbándose con ellos la Segunda República venezolana.

Los autores proindependentistas lo calificaron de «cruel y sanguinario» por haber aplicado la ley del talión en respuesta a las acciones de Bolívar, aunque su causa realista estuvo adornada de cierto matiz defensor de las capas más desprotegidas de la Venezuela de entonces.

Bobes, el «Supremo Sostenedor de las Armas del Rey en la Costa Firme», ha servido de modelo para fabulaciones míticas, e incluso ha sido el personaje central de múltiples leyendas del Alto Llano venezolano. Pero, procedente como era de un desaparecido Cuerpo de la Real Armada, no queremos dejar pasar por alto su reseña y su heroísmo al servicio de su rey.

Continuaremos, si la benevolencia de esta REVISTA GENERAL lo permite, ocupándonos en sus páginas de los oficiales de Marina que combatieron por su rey en América, dando pruebas evidentes de abnegación y de heroísmo, y que, por eso que se exclama «¡ay de los vencidos...!», han sido tan poco recordados por su patria, mientras sus enemigos tienen monumentos por toda España.

